

La Doncella del Roble

El alba, el momento más plácido del día, cuando el sol se asoma por el horizonte.

El andariego ya caminaba de nuevo, abriendo su conciencia a los colores y a la luz del cielo, y disfrutando de la belleza del recién estrenado día. El camino parecía reflejar hacia el exterior su situación interior, o al revés, o ambas cosas.

Después de dos decenas de kilómetros en total, en el monte de la dehesa, la vegetación era dura.

Al borde del camino, se veían zarzales, jaras y flores silvestres. Hacia el oeste apareció un horizonte silueteado de colinas.

Al andariego se le ocurrió pensar que aquellos montes podían ser la Colina de las Cien Vertientes y se le redobló la ilusión.

Cerca del mediodía, en medio de un completo silencio, el andariego se encontró ante una vista, hermosa al principio y un poco inquietante después. Del camino salían nuevos senderos. El andariego se paró a mirarlos todos.

«¿Cuál era el camino bueno?», pensó. Decidió dejarse llevar por la sabiduría del destino, y fue entonces cuando vio como el camino a seguir se desplegaba ante él como una alfombra roja, en dirección a un robledal con muchos árboles de porte robusto y elegante, con sus frutos; las bellotas, algunas ya por el suelo. Y hermosas hojas lobuladas con espléndidos colores otoñales.

Casi encima de la colina se erguía desde hacía siglos un imponente roble, un gigante magnífico.

Delante de él, fascinado por la belleza de sus proporciones y el ritmo solemne de su larga vida y de su historia, el andariego se quedó anonadado y recordó lo leído en el *Tratado de las Grandes Colinas*, donde hablaba del rey de la flora: el roble.

«Así como alguien que trabaja fuerte o cuando resiste situaciones complicadas, eres “fuerte como un roble”. Pero también cita que los grandes robles de las bellotas nacen».

Fascinado por estos pensamientos, se acercó a este inmenso y majestuoso ser.

De pronto, una suave voz femenina lo devolvió a la realidad. Sobresalía de las ramas, de un modo espectacular, una doncella, de hermosura y perfección nunca vistas, moldeada con las ramas del roble.

El andariego descubrió, poco después de aparecer la Doncella del Roble, el resto del espléndido robledal y se apresuró a preguntarle.

—Hermosa doncella, ¿cuál es el camino para llegar a la Colina de las Cien Vertientes? ¿Tú desde ahí alcanzas a verlo?

—Bien, querido andariego, el camino es de los caminantes y tú debes seguir tu destino. Una gran parte de tu

camino lo tienes hecho y puedes aguantar más de lo que crees si tienes confianza en ti.

—¿Sabes a dónde iré a parar hoy? —le dijo el andariego.

Pero la Doncella del Roble sonrió y le señaló el camino del medio, un camino que no estaba marcado por la aversión ni por el apego, sino por la acogida y la compasión.

El camino del medio se situaba en el medio, era el sitio por excelencia del centro del mundo. «Cambia tus pasos, no camines en círculos».



El andariego, perplejo, se quedó inmóvil, cuando, de nuevo, la suave voz femenina le invitó a caminar:

—¡Andariego!, ¡vamos!

«La vida es un movimiento.

Cuanta más vida, más flexibilidad.

Cuanto más fluido eres, más vivo estás» (Arnaud Desjardins).

Su mirada tranquilizadora le animó a caminar. Ser feliz era cuestión de actitud.

—¡Habla con tu destino! Y sigue los consejos del camino al caminar.

Al final de la conversación, el miedo a lo desconocido desapareció. Su mapa cada vez estaba mejor trazado.

«Lo que buscas, lo encontrarás. Lo que no se busca, pasa desapercibido».

Reconfortado por las palabras de la Doncella del Roble, la abrazó y, antes de alejarse, le susurró al oído unas palabras de agradecimiento.

Ahora estaba seguro.

Y dejó que las acciones reposasen en el camino. Decidió darlo todo hoy, pues no sabía qué le podía suceder mañana. En la incertidumbre del cruce de caminos, ya había decidido cuál era el verdadero, sabía de dónde había venido y dónde estaba. El andariego tomó la dirección y prosiguió su viaje con toda confianza.

Emprendió el camino más corto, que era el de la naturaleza, y confió en que la creación le tejería un hilo de araña para guiarle, aunque el dibujo todavía no lo reflejase.

Inmerso en la sorpresa por todo lo vivido, el andariego pensó que mañana sería otro día.



Aquella noche, el andariego se sintió «fuerte como un roble». Estaba trabajando duro y resistiendo situaciones complicadas.

Se representaba como un árbol, con las ramas en alto y las raíces clavadas en la tierra. Inhalaba e imaginaba que absorbía el aire por las ramas. Cuando exhalaba, sentía que el aliento recorría las raíces, y lo difundía por la tierra.

Inhaló de nuevo y absorbió también la energía de la tierra. A través de las raíces, volvió la vida.

La pálida luz de la luna le había afectado los nervios esa noche.

Al partir por la mañana, el poderoso y majestuoso robleal le saludó:

—¡La suerte le acompañe en el camino!

Buen tiempo para caminar ligero, nublado y más bien fresco.

Poco pasados los quince grados.

El bosquecillo de robles se había hecho más espeso, el camino irradiaba un olor profundo sobre la hierba penetrante.

El andariego pensó en la despedida de la Doncella del Roble, a la que no volvería a ver jamás. El adiós —¡que la suerte le acompañe!— que le resonaba era una despedida para siempre, una despedida plena, una despedida llena de amor, en la que puso el alma y los cinco sentidos.

El andariego salió de nuevo al camino, no podía detenerse. El tiempo pasaba muy rápido y lo tenía que conseguir. Habló consigo mismo, tomó agua y enseguida accionó sus pies, que iban marcando sus pasos en el sendero elegido.

Había tomado un atajo por el que subía, dejando atrás el robleal, era un atajo endemoniado, lleno de piedras, como un canchal, y muy empinado.

Estaba decidido, la cuesta fatigaba, pero se sabía activo, que había nacido para objetivos elevados, que estaba afianzado su éxito y se aventuraba con más seguridad.

El sol pegaba con fuerza, la mochila pesaba más de lo que convendría.

Desde aquella altura divisaba un panorama amplio, hermoso y muy variado. Al fondo unas colinas.

¿Serían «La Colina de las Cien Vertientes»?

El andariego se encontraba solo, en medio de caminos amenazantes de lo desconocido. Había atravesado sendas que nadie había hollado hasta entonces para cumplir su misión: ser el «mejor caminante de todos los tiempos». El guion lo tenía y ahora también la «¡acción!».

Se adentraba solo en su propia senda, para encontrar esa «algo» especial que le decía el libro, esa sensación que podía dotar de sentido a su vida entera: «el Camino Mágico de Oportunidad».

El andariego no quería seguir el camino de otros, estaba en sus manos encontrar ese mágico camino. Caminaba y caminaba siempre con determinación, le encantaban las opciones que ofrecían todos los caminos, pero creía que uno solo, tan solo uno, contenía todas las respuestas que necesitaba. Estaba trazando su propio camino de acción y, para él, ese era el único camino en el que avanzar.

Hacía un día espléndido, entrando algunas nubes y no demasiado calor ahora. El andariego avanzaba con soltura, alegría y sanos pensamientos. Estaba seguro de que la acción del día le habría acercado a su reto.

Había hecho una pequeña parada y observaba como caía la tarde, corría un vientecillo que estremecía. Sintió un escalofrío y volvió a echar a andar.

Pronto descansaría, no más remontar el último repecho, la acción por hoy tenía su fin. Y sentía que este mundo no era más que un enorme camino.

En su caminar, el andariego estaba viendo muchas cosas, comprendiendo algunas y aprendiendo todas, pero

notaba que lo más importante era «actuar» seguro, lo que aprendía era lo que importaba de verdad.

¿Cómo se vería al final del camino? Caminaba solo, pero el

camino hacía magia cuando ya no podía más.



Esta jornada cerraba sus horas, la noche caía sobre el andariego y le permitía saborear la naturaleza con calma, después de la Acción del día.

El día se le hizo corto y la imaginativa fragilidad del andariego le llevó a un plácido descanso que le acercaría inexorablemente a su objetivo.



Temas para meditar

- Haz todo aquello que dependa al cien por cien de ti.
- A pesar de todo, sigo caminando.
- Lo que sea, pero ahora.
- No dejes para mañana lo que puedas hacer ahora.
- El éxito no es cuestión de suerte, sino de tomar Acción.
- Algunas personas quieren que ocurra, otras sueñan con que pasará y otras hacen que suceda.
- Hay una vida antes de pasar a la Acción y la vida después de pasar a la Acción.
- «El hombre es solo lo que hace. Lo que siente y lo que piensa solo valen si es que crecen transformándose en Acción» (Thiago de Melo).
- Más daña la no ejecución que la falta de decisión.
- El gran juicio y determinación no se detienen ante nada.
- Acierto y resolución es la Acción.
- No esperes a que tu senda te lleve al camino, camina hacia él.